VIDA Y LITERATURA EN EDUARDO ZAMACOIS

INFANCIA Y JUVENTUD

Comencemos conociendo del escritor su vida. De los años de infancia y juventud, Eduardo Zamacois nos ofrece, en varias de sus obras autobiográficas (1), un pormenorizado relato al que seguiré para narrar, en este capítulo de su biografía, lo que fue aquella primera edad de su existencia. Nació en Cuba, en la finca «La Ceiba», propiedad de sus padres, próxima a Pinar del Río, el 17 de febrero de 1873. Fue hijo único del matrimonio de doña Victoria Quintana, oriunda de Cuba, y don Pantaleón Zamacois y Urrutia, de ascendencia vasca, cuyo progenitor, el bilbaíno Miguel Zamacois, militó como voluntario liberal en las contiendas dinásticas. Por línea paterna, Eduardo Zamacois aparece vinculado a una tradición de artistas y escritores. En él iban a hacerse patentes influjos de ambas líneas familiares. Su nunca satisfecha sed de vivir y la turbulencia de su carácter la heredó de los Zamacois; de la madre recibió el amor a los viajes y su carácter caprichoso y fácilmente impresionable. «A los nueve años —escribe (2)— sentí, por vez primera, el aburrimiento de vivir. A mi alrededor todo era tranquilo y giraba isócronamente... En mis ratos de nostalgia y meditación procuraba extraer enseñanzas de los folletines que había leído.» Pronto impondría Zamacois a su vida un ritmo capaz de anular estas precoces vivencias de vacío.

El traslado de sus padres a Europa hace que Eduardo Zamacois cumpla los cinco años en Bruselas, viva durante los cuatro años siguientes en París y luego conozca Sevilla, ciudad donde iba a concluir los estudios de segunda enseñanza. Tiene quince años cuando la

---

(1) Cf. *Mirando hacia atrás (páginas autobiográficas de una vida en que sólo hubo erratas)* (1915), obra cuyo texto rehace al siguiente año, ampliándolo, para publicarlo con el título *Años de miseria y de risa.* De fecha posterior es la obra, asimismo de contenido biográfico, *Confesiones de un niño decente* (1922). Lo expuesto de su vida en estos libros es objeto de nueva redacción en los capítulos primeros de su postrera autobiografía: *Un hombre que se va...* (1964).

(2) *Un hombre que se va...*, p. 26.

familia Zamacois, padres e hijo, abandonan la capital andaluza para avecindarse en Madrid; en la villa que entonces es corte del rey niño Alfonso XIII, Eduardo Zamacois vive los años, críticos, de la adolescencia. «Era aquel Madrid —así lo rememora en 1923 (3)—, muy goyesco todavía, la ciudad de las verbenas, de los quinqués, de las tabernas con cortinillas rojas, de los cafés "con piano y violín", de los tranvías de mulas; el Madrid ocioso y baratero que bailaba al aire libre, en los solares, y adoraba los toros, y los churros o cohombros, y los pianillos de manubrio; el Madrid [...] deslenguado y polvoroso, de las mujeres con faldas de percal y medias de algodón a rayas, pañuelo a la cabeza y mantón alfombrado; y de los hombres con pantalón abotinado, americana ceñida y aladares sobre la frente.»

En este Madrid inicia Zamacois los estudios universitarios, que abandona pronto, hace los primeros ensayos como escritor y descubre para su vida a la mujer. Matriculado, primero, en la Facultad de Filosofía y Letras, rompe con este propósito pasando a la Facultad de Medicina, prendida su voluntad en el señuelo que le ofrecen las vidas ejemplares de sabios como Bichat, Charcot y Claude Bernard. «Poseído del más exaltado entusiasmo —contará Zamacois a muchos años de distancia de aquella fecha (4)—, mis primeros cuidados fueron buscar la blusa, con peto y antebrazos de hule, que debía vestir en la clase de disección, y comprar un esqueleto»; le costó el esqueleto, que era, naturalmente, de mujer, veinticinco duros, cantidad muy crecida para la época. Tanta es, en estos comienzos, la fuerza de aquella vocación, que desdeña incluso las lecturas que hasta entonces le atrajeron, novela, poesía y narraciones de viajes, para deleitarse con la severa prosa de los tratados científicos. El entusiasmo no tarda, sin embargo, en decaer; «los tres primeros años de la carrera me encantaron —sigue diciéndonos Zamacois en la confesión final de su vida (5)—. Luego, contra lo que mi aplicación prometía, estos fervores se desvanecieron apenas me enfrenté con la clínica. El lúgubre convento de San Carlos, convertido en hospital, me repugnó [...] y automáticamente desistí de ser médico. Otra vez en mi condición versátil, curiosa, prevalecía el artista, y arrepentido de mis veleidades ya sólo pensé en ser autor». De aquella interrumpida preparación médica conservó Zamacois algunas amistades, entre otras la del doctor Antonio García Tapia, y también, y esto importa recordarlo, unos conocimientos profesionales que se traslucen en la trama de varias novelas suyas y en el pergeño de algunos personajes por

(3) *Una vida extraordinaria*, p. 444.
(4) *Un hombre que se va...*, p. 54.
(5) *Ibíd.*, pp. 54-5.

él creados. Sus lecturas contribuyeron al abandono de su porvenir universitario; «leía sin cesar —cuenta Zamacois— y este desbocado afán me convirtió en un mal estudiante».

El alejamiento de las aulas favorece su incorporación al mundillo periodístico y literario madrileño; perteneciendo a una familia con desahogada posición económica, despreocupado, por el momento, de su porvenir, Zamacois hace suya una existencia bohemia, fácil y grata, a la que pone como únicas metas el triunfo como escritor y la satisfacción de su sensualidad. Hombre que descubrió muy pronto su sexo, la mujer se convierte para él en compañía a la que nunca quiso renunciar; son muchos los nombres de mujer recordados en sus escritos autobiográficos que atestiguan el talante donjuanesco de su condición humana. Su temprano matrimonio, que impuso un cambio en la relación de Zamacois con la madre, no fue obstáculo para aquella repetida entrega suya a las mujeres que el destino fue introduciendo en su vida. Testimonios sobrados, y todos bien elocuentes, de esta reiterada peripecia amorosa se ofrecen al lector en las obras de Eduardo Zamacois; con algunas de aquellas experiencias compuso la trama de relatos y novelas.

Un ejemplo, entre los muchos que podría citar, será suficiente para mostrarnos cómo fue Zamacois, en tanto que varón nunca saciado, desde los años de la primera juventud. A los pocos meses de su matrimonio comparte ya el amor a la esposa con una mujer casada, a la que terminará suplantando, en su errabunda curiosidad erótica, por su cocinera y su peinadora, enredo al que pone remate cuando encuentra a la mujer cuyo amor había de ofrecerle el argumento de su novela *Punto negro,* relato que escribe precisamente para obtener el dinero que le permita huir a París abandonando esposa y amante.

El afán por convertir en realidad para su vida lo que una literatura entonces en boga ofrecía como ideal preferible en la existencia varonil, contribuyó a exacerbar el innato donjuanismo de Zamacois; refiriéndose al episodio que narra, hecho novela, en *Punto negro,* cuenta su autor: «Aquel cariño fue más imaginativo que real... Estaba enfermo de literatura y si me conducía como un auténtico pasional era por parecerme que había una gran belleza en amar así.» Ocasión tendremos más adelante de conocer cómo se comportó Zamacois con las mujeres cuando ya la vida le había arrebatado la juventud. Reuniendo los recuerdos de sus primeras experiencias eróticas, escribe Eduardo Zamacois esta confesión: «Todas las mujeres... me atraían; eclecticismo que me permitía sustituirlas fácilmente a con-

dición —y esto era para mí fundamental— de que mi inconstancia no las hiciera sufrir» (6). Esta indiferenciación en su vida amorosa, puesta al desnudo en tantas confidencias suyas, la señala un compañero de generación, el poeta Pedro Barrantes, al retratarle en estos versos:

Eres como el eco
de la encrucijada,
que siempre responde «te quiero», a un «te quiero»,
y no quiere nada.

El impenitente gozador de la vida que fue Zamacois tuvo, desde sus años de adolescente, una pasión a la que nunca dejó de mostrar fidelidad; por ella renunció a su porvenir profesional y en ella se refugia cuantas veces quiere poner remate a un devaneo amoroso. Me estoy refiriendo a su vocación de escritor. Eduardo Zamacois pretendió ser hombre de letras, lo consiguió y del ejercicio de la literatura vivirá hasta la ancianidad.

Su preparación para el quehacer literario la inicia con lecturas copiosas, nunca sometidas a plan; antes reproduje el texto donde Zamacois atribuye a su voracidad de lector la pérdida de la vocación médica; ahora es momento de precisar mejor el desarrollo de su formación libresca. Con las novelas, la poesía y el teatro alternó Eduardo Zamacois lecturas menos atrayentes; conoció, en su juventud, a Locke y Spencer, a Moleschott y Haeckel, autores que admiró y que le indujeron a incorporarse al grupo integrado por quienes aceptaban con firme fe los postulados del cientifismo finisecular y se confesaban indiferentes en materia religiosa. Refiriéndose a *Los primeros principios,* de Herbert Spencer (7), escribe Zamacois en sus «memorias»: «Fue para mí como un enorme foco de luz», y añade: «Me aficionó a la filosofía y lavó mi espíritu de las musarañas escolásticas que aprendí en el Instituto. Spencer me demostró que, al no haber efecto sin causa, el deísmo no esclarece el origen de la creación, ya que, si Dios existe es también un efecto. Su libro, los de Haeckel y los de Darwin, hicieron de mí un panteísta para quien la naturaleza —que admito increada— carece de inteligencia, porque no es inteligente un cosmos que, *ab eterno,* se repite. No soy deísta, y lo deploro; quisiera serlo; pero la lógica me lo impide. Yo no puedo creer en un Dios que no mata al Diablo» (8). Antes de profesar en esta incredu-

(6) *Ibid.*, p. 44.

(7) La primera edición castellana de esta obra, en traducción de José Andrés Irueste, se publicó en la Biblioteca Perojo (Madrid, 1879).

(8) *Un hombre que se va...*, pp. 37 y 42.

lidad religiosa la curiosidad llevó a Zamacois a frecuentar una Sociedad Bíblica madrileña en la que conoció a los novelistas José Zahonero y Jacinto Octavio Picón.

Una nueva etapa para la vida de Eduardo Zamacois da comienzo con su primer viaje a París, la ciudad que conoció siendo niño y a la que retorna, ya independizado, para hacer suya una experiencia que en la época se imponían todos los aprendices de escritor. Llegó a la capital francesa con una carta de presentación para Luis Bonafoux, y en París, donde le esperaban días de completa miseria, es auxiliado económicamente por Ferrer Guardia. Sobre las consecuencias que para Zamacois tuvo aquella estancia en París hay un testimonio en la confesión general de sus «memorias», cuando enfrenta al que él era al salir de España con el que regresó meses más tarde: «Andalucía —escribe Zamacois— (9) influyó en mi carácter —acaso también en mi figura—, imponiéndome rasgos que posteriormente reafirmó Madrid, con lo mucho que tiene de andaluz. A los veinte años, tanto como la filosofía me gustaba el 'cante hondo'. Era un 'señorito flamenco' que gastaba pantalones 'de farol', chaquetas ceñidas, aladares y sombrero de ala ancha», y añade, confirmando la transformación que en él se operó entonces: «París, de una parte, de otra mi ascendencia vascofrancesa, empezaron a colaborar en favor del artista que vivía, eclipsado, dentro de mí. Renovación a la que contribuyeron las pelambreras de los estudiantes del Barrio Latino, las melenas de Gómez Carrillo y las chisteras —'ocho reflejos'— de Luis Bonafoux, y para 'traducirme al francés' —lo conseguí a medias— me compré un pantalón a la moda, una chalina y una pipa». En París Eduardo Zamacois tuvo trato con Alejandro Sawa (10) y otros escritores fieles a los ideales de la vida bohemia; tampoco le faltaron compañías femeninas. Para sobrevivir hace traducciones que le encarga la Editorial Garnier, a la que también vendió los derechos de un libro de cuentos y crónicas titulado *Vértigos*.

De regreso en España, Zamacois busca en Barcelona porvenir que asegure su vocación literaria, y en la capital catalana conoce a Ramón Sopena, que iba a ser editor de sus primeras novelas. En los años que marcan el tránsito del siglo XIX a la actual centuria Eduardo Zamacois hizo dos nuevos viajes a París donde viviría episodios de la más pura existencia bohemia sin conseguir nunca liberarse del

---

(9) *Ibíd.*, p. 43.

(10) Sobre este escritor y lo que su obra supuso en la literatura española finisecular confróntese Luis S. Granjel: «Maestros y amigos del 98: Alejandro Sawa», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 195, pp. 430-444, Madrid, 1966.

cerco de la penuria económica, agobiadora realidad que no fue capaz, sin embargo, de ahogar su alegría de vivir. Aquellas experiencias, que luego había de narrar con pormenor, justifican el rótulo de *Años de miseria y de risa* que utilizó para titular un volumen de «memorias». Mientras en Madrid, en el hogar al que sólo acude en fugaces retornos, vive la esposa, Zamacois, con la compañía renovada de otras mujeres, prosigue el cultivo de la literatura, ejerce el periodismo, hace traducciones y publica novelas y narraciones breves.

Su vinculación a las empresas editoriales de Ramón Sopena le obliga a afincarse en Barcelona primero y más tarde en Madrid, rehaciendo en ambas ciudades su hogar para reanudar una vida que aparenta ser normal con la esposa y los hijos. Son estos años época para él de vida fácil, de nuevo a cubierto de preocupaciones económicas, en la que Zamacois se nos presenta rodeado de amigos que como él gustan de la bohemia, donde nunca falta la presencia de mujeres, presa fácil para su capricho. A estos años corresponde su relación con los escritores, entonces jóvenes como él, que luego verían inscritos sus nombres en la llamada Generación del Noventa y Ocho (11); en las «memorias» de Zamacois figura el recuerdo de su amistad con Pedro Barrantes, Alberto Lozano y Dorio de Gádex.

Muy temprana fue en Eduardo Zamacois la iniciación como escritor; contaba sólo diecisiete años cuando el diario madrileño *El Globo* publicó un artículo suyo titulado, pretenciosamente, «Inteligencia e Instinto». Colaboró en revistas minoritarias, todas defensoras de radicales actitudes ideológicas, como *La Democracia Social* y *Los Dominicales del Libre Pensamiento;* en la primera de estas publicaciones Zamacois compartió deberes de redacción con Ernesto Bark, Ricardo Fuentes, Palomero, Manuel Paso, Delorme y Miguel Sawa, grupo que poco después, en 1897, funda la revista *Germinal,* a la que se vincularon Dicenta, Valle-Inclán, Felipe Trigo, Benavente, Blasco Ibáñez, Maeztu y Verdes Montenegro; en el mismo 1897 estos escritores, a los que sigue acompañando Eduardo Zamacois, pasan a la redacción del diario republicano *El País,* cuando este periódico queda bajo la dirección de Joaquín Dicenta (12). Con varios de los escritores nombrados colaboró Zamacois en las páginas de *Vida Literaria* (1899). En *Los Dominicales,* semanario anticatólico que dirigía el periodista Ramón Chíes, Zamacois entabla relación con el cura Ferrándiz, Odón de Buen, José Francos Rodríguez, Rafael Delorme y el poeta Pedro

---

(11) Sobre la vinculación de Eduardo Zamacois a esta generación cf. Luis S. Granjel: *Panorama de la generación del 98* (Madrid, 1959) y *La generación literaria del noventa y ocho* (Salamanca-Madrid, 1971).

(12) Cf. R. Pérez de la Dehesa: *El grupo 'Germinal': una clave del 98,* Madrid, 1970.

Barrantes. También escribió Zamacois en *El Motín*, periódico que dirigía José Nakens.

Varias fueron las empresas periodísticas que durante aquellos años inició Eduardo Zamacois. Con Eduardo Barriobero y Joaquín Segura funda *El Escándalo*, batallador semanario que tuvo vida corta. Su buen conocimiento del francés le permite ofrecer a la «Biblioteca Económica Filosófica» que publicaba Antonio Zozaya una traducción de Schelling y otra de Spencer. Esta actividad suya de escritor interesado por cuestiones doctrinales, de crítica ideológica, alejadas de las preferencias que muy pronto habían de dominarle, induce a Zamacois a emprender un arriesgado propósito editorial; con dos mil pesetas que le facilitó su madre adquiere una imprenta donde se componen el diario republicano *La Justicia* y algunas publicaciones semiclandestinas y entre éstas el semanario *El Libre Examen*, que Eduardo Zamacois redacta con la colaboración de Carlos Chíes; el repetido secuestro de números de la revista hecho por la policía y el irregular cobro de anuncios y suscripciones ocasionan la bancarrota de la empresa. Otro negocio editorial iniciado por Zamacois, ahora con la ayuda económica de don José Carrascal, un viejo republicano admirador de Ruiz Zorrilla, fue la creación de la Editorial Cosmópolis, con la que proyectaba dar a conocer en España la novelística francesa; la imprevisión y su incapacidad para cumplir con regularidad sus compromisos hicieron que en las manos de Zamacois fracasase muy pronto el empeño por él mismo proyectado.

En 1895 Eduardo Zamacois edita el libro *Tipos de café*, obra que recoge estampas de la bohemia madrileña; por las mismas fechas concluye un trabajo, que recuerda al estudiante de medicina que había sido, sobre «El misticismo y las perturbaciones del sistema nervioso». El quehacer como novelista lo inicia Zamacois con la novela corta *Amar a oscuras*, de contenido autobiográfico, fechada en Madrid en el mes de febrero de 1894. Su primera producción teatral fue un drama en tres actos, que tituló *El secreto*, nunca representado ni editado, y al que muchos años después, seguramente con toda justicia, calificaría de «esperpento». La incorporación de Eduardo Zamacois a la que iba a llamarse literatura «galante», género que él contribuyó, decisivamente, a popularizar en España, tuvo lugar con sus colaboraciones a una revistilla picaresca titulada *Demi-Monde*, que dirigía Luis París, y luego con la dirección del semanario *Vida Galante*, propiedad de la editorial Sopena.

Cumplidos los treinta años, iniciado ya el nuevo siglo, en la vida de Eduardo Zamacois da comienzo un período que se prolongará hasta su muerte. Confirmada la firmeza de su vocación literaria, probada también su capacidad para cumplir los cometidos que el oficio de escribir impone, Zamacois afianza la naciente popularidad de su firma con una sostenida labor periodística, de autor dramático y novelista que será objeto de examen en los dos siguientes capítulos de este estudio biográfico. En su vida personal, el ingreso en la madurez no ocasiona cambios en su conducta; su existencia sigue siendo la de un hombre para el que sólo cuenta con el triunfo literario la conquista del placer; la inquietud viajera hará que en la vida de Zamacois se combine, con frecuencia, lo que llamó amor con la huida del hogar y el descubrimiento de nuevos ambientes.

Antes de rehacer la historia de su existencia en los años de madurez bueno será conocer la estampa física del que entonces era Eduardo Zamacois; nos la ofrece el siguiente texto de Felipe Sassone (13), donde describe su primer encuentro con el que era ya, en Madrid, afamado novelista: «Podría tener [...] poco más de treinta años; pero ya unas canas prematuras le plateaban la cabellera, como una peluca a la Federica, sobre el rostro aguileño, de facciones correctísimas, y en los labios abultados y sensuales, una amable sonrisa estereotipada, de cuya sinceridad no me hubiera atrevido a responder...; se tocaba con un fieltro ancho, llevaba americanas de no largo talle, y muy embutidos los hombros, pantalones anchos, sin raya en los perniles y ligeramente abotinados, y le flotaban las alas de una chalina en forma de mariposa...; todo le daba un aire entre poeta modernista del barrio latino parisiense y chulo u organillero de aquellos Madriles de entonces, y, erguido, apuesto, airoso, coronada la figura por una cabeza redonda con un perfil de medalla, pudiera decirse de él que era un hombre guapo, que gustaba a las mujeres fáciles, con una belleza de lacayo de casa grande, de aquellos que en las falsas novelas pornográficas seducen a las marquesas. Tenía los ojos redondos, jaspeados y brillantes, con una lumbre sensual; pero a veces, en la quietud de su mirar ahincado, abstraído de cuanto le rodeaba, fijo en un solo punto y en un solo pensamiento íntimo, se le advertía ese destello de ferocidad en acecho que tienen los ojos de las aves de presa.»

La impresión que a Sassone hizo su encuentro con Zamacois atestigua cómo este último consiguió adecuar figura y talante a la vida

(13) F. Sassone: *La rueda de mi fortuna*, pp. 296-97, Madrid, 1958.

que siempre tuvo empeño en hacer suya y también con el quehacer literario a que entregó su existencia. Años después, entre quienes se iniciaban en la vida literaria a comienzos de la tercera década del siglo, el grupo integrado por Zamacois, Rufino Blanco Fombona, Gómez Carrillo y Sassone éra conocido con el sobrenombre colectivo de los tres mosqueteros, cuatro en realidad, como los personajes de la novela de Dumas.

En la vida de escritor de Eduardo Zamacois cabe diferenciar etapas que se corresponden, lo veremos confirmado, con períodos que asimismo pueden individualizarse en su producción literaria. Concluye la primera en los años de la Gran Guerra, y en su transcurso vive en Madrid, con la esposa, en el hogar de sus suegros; ejerce el periodismo y lleva a cabo su más importante empresa editorial, la publicación, con el apoyo económico de Antonio Galiardo, de una colección semanal de narraciones breves que tituló *El Cuento Semanal* (1907); desplazado de su gobierno tras la muerte de Galiardo, Zamacois funda en 1909 una nueva revista literaria, *Los Contemporáneos,* que iba a disputar a *El Cuento Semanal* el favor del público (14). La realización de estos dos empeños editoriales y el cumplimiento de unos propósitos como autor teatral impusieron un paréntesis en la labor novelística de Zamacois, abierto en 1905 y que se cierra en 1910. Lo que no interrumpe es la constante búsqueda de satisfacciones a su sensualidad, añadiendo nuevos nombres a la lista de mujeres que se entremeten en su vida; de la relación, fugaz como todas, que mantuvo con una artista del «género chico» queda constancia en la trama argumental de su novela *La cita.*

Lo que en los ambientes literarios madrileños se cuenta de la estancia de Blasco Ibáñez en la Argentina estimula el espíritu aventurero de Zamacois y le lleva en 1910 a realizar su primera visita al continente americano. Recorrió entonces varias repúblicas sudamericanas, estuvo en Cuba y llegó hasta Nueva York; el relato del viaje con la narración de las muchas y algunas sonadas aventuras que protagonizó lo hizo Eduardo Zamacois primero en el libro *Dos años en América* (1913) y más tarde en la confesión general de las «memorias». En aquella ocasión el escritor confirmaría con irrefutables pruebas cómo supo hacer cierto su aforismo: «Un viaje largo equivale a un buen libro; también vale un amor» (15). De regreso en España, nuevos amoríos le ayudan a olvidar a las mujeres que conoció en tierras de América, también a las que abandonó en Madrid al emprender el viaje;

(14) De ambas empresas editoriales y de las colecciones que con posterioridad se publicaron en España se hace pormenorizada historia en la segunda parte de este volumen.

(15) *Dos años en América,* p. 92.

se repite, una y otra vez, con singular monotonía, la traición a la esposa. La inconsciencia que en el terreno sentimental y erótico evidencia el comportamiento de Zamacois justifica la filiación donjuanesca de su personalidad. La lectura de sus escritos autobiográficos, como muchas de sus producciones novelescas y sobre todo el libro de recuerdos redactado en la senectud ofrecen, a quien interese su conocimiento, un bien detallado relato de su vida galante.

El comienzo de la guerra en Europa, iniciado ya el verano de 1914, lleva a Eduardo Zamacois, como corresponsal del periódico madrileño *La Tribuna,* a Francia; desde París primero, luego viajando por Suiza e Italia, daría su personal interpretación del conflicto bélico; con aquellas crónicas compuso más tarde dos volúmenes: *La ola de plomo* (1915) y *A cuchillo* (1916). Vuelto a España, hará una prolongada excursión por tierras andaluzas y Marruecos; va con él la mujer que le acompañó en sus andanzas por Europa, lo que permite a Zamacois combinar en la realización del viaje el placer que le depara la aventura erótica, la satisfacción de conocer nuevos ambientes y la necesidad de cumplir con el quehacer periodístico que es la base económica principal en su vida; los artículos que entonces escribió los reúne luego en el volumen *De Córdoba a Alcazarquivir.*

El segundo viaje de Eduardo Zamacois a las repúblicas hispanoamericanas lo emprende en 1916; ha ideado, para sufragarlo, una original empresa cultural. Recorrió Puerto Rico, Cuba y la totalidad de los países de Centroamérica actuando ante siempre nutridos auditorios como expositor de una única conferencia; tenía ésta por tema el comentario ágil de la actualidad literaria española y se acompañaba de una proyección cinematográfica, especialmente realizada para aquel cometido, que reproducía ante los espectadores-oyentes el vivir hogareño de los más afamados escritores madrileños. Obtuvo buenos beneficios económicos y también, como no podía menos de sucederle, consiguió protagonizar aventuras que enriquecieron su experiencia de hombre galante. De todo lo que le sucedió en tierras de América habla Zamacois en su libro *La alegría de andar* (1920), cuyo texto reprodujo bastantes años después en varios capítulos de *Un hombre que se va...*, versión definitiva de sus «memorias». En 1918 hizo un rápido viaje desde La Habana a París para cumplir una misión entre periodística y diplomática que le encomendó el presidente de la República de Cuba; de regreso en América reanuda la divulgación de su conferencia cinematográfica, ahora por ciudades sudamericanas. La muerte del padre pone remate a este episodio de su vida, obligándole a retornar a Madrid.

Al dar comienzo la década de los años veinte, viviendo de nuevo en España, Eduardo Zamacois inaugura otra etapa en su existencia que, como las precedentes, también se corresponde con una nueva fase en su labor de escritor. Este es el retrato que de él trazó alguien que por aquellas fechas realizaba en Madrid su aprendizaje literario: «Tenía ya cincuenta años, pero era muy arrogante y se cuidaba y administraba, bajo el aire de convencional bohemia, como una *cocotte de postín*...; tenía aire de actor y un cierto achulonamiento discretamente administrado de elegancias un tanto alambicadas y preocupadas» (16). La estampa de Zamacois que el texto citado nos ofrece recuerda el retrato que de él hizo, referido a una fecha anterior de su vida, Felipe Sassone, y confirma cómo el escritor lograba mantener incólume su apostura física; esta juventud aparente pudo seguir exhibiéndola hasta bien adentrado en la senectud, cuando se convirtió en un anciano arrogante. Nada cambia en su vida privada; sigue olvidando a la esposa prendido en el atractivo, siempre renovado, de otras mujeres, que en algunos casos, y ello sí que es singular, no son enteramente desconocidas para él, pues en más de una ocasión Eduardo Zamacois vive el agridulce placer de encapricharse por mujeres que ya, con anterioridad, se habían adentrado por su vida. Amores nuevos o renovados, la fidelidad, nunca rota por entero, a la esposa, el amor filial a la única hija que ahora le vive, el cariño de la madre, son elementos nunca ausentes de su existencia cotidiana.

El marco ciudadano donde ahora transcurre su vida, el Madrid de los años veinte, ha experimentado una profunda transformación, es bien distinto del Madrid de la primera juventud. Zamacois ha sabido adaptarse a la mudanza; por boca del protagonista de una novela suya, fechada en 1923, el escritor hace esta descripción que ahora el lector puede cotejar con la estampa del Madrid «fin de siglo» que se reprodujo en el capítulo anterior: «El Madrid actual —escribe Zamacois refiriéndose al que empieza a hacerse realidad en la posguerra del primer conflicto bélico del siglo (17)— se ha europeizado, y es 'otro'. Su metamorfosis no es epidérmica, como creen los espíritus retrógrados, para consolarse de su derrota, sino profunda, definitiva: el alma vieja ha muerto. Es el Madrid de la luz y de los tranvías eléctricos; el Madrid que habla por teléfono y no se asusta de las motocicletas ensordecedoras y trepidantes, ni de los autobuses, ni de los aeroplanos; que corre bajo tierra con el 'metro', porque empieza a comprender la importancia del tiempo, y prefiere a los bailes hedion-

(16) C. González-Ruano: *Mi medio siglo se confiesa a medias*, p. 232, 2.ª edic., Madrid, 1957.

(17) *Una vida extraordinaria*, pp. 444-45.

dos y soeces de 'La Flor', del 'Norte' o de la 'Costanilla de los Angeles', los 'souper-tango' de Maxim's o del Palace; el Madrid, con atisbos cosmopolitas, que juega al 'foot-ball' y al 'tennis', y boxea, y no se escandaliza puerilmente de tener aventureras que lleven abrigos de diez mil pesetas y fumen cigarrillos egipcios. La capa emperezadora se ha ido, y los automóviles, con la violencia de su correr, han enseñado a las nuevas generaciones a peinarse hacia atrás.»

Desde los años de juventud, lo vengo repitiendo, la existencia de Eduardo Zamacois remeda la de un acabado «Don Juan»; por su vida desfilan mujeres de la más diversa condición, en su mayoría españolas, algunas francesas, otras nacidas en tierras de América. Este ininterrumpido encaprichamiento, que casi nunca merece el calificativo de amor, constituye ingrediente tan importante en su personalidad que no puede ser silenciado; tal condición de su temperamento provocó, era inevitable, conflictos, y repetidos, en la vida del escritor; algunos de los viajes emprendidos por Zamacois los hace inaplazables, y tienen todo el carácter de una huida, la necesidad de deshacer situaciones ya insostenibles. Zamacois ha querido explicar a sus lectores, sin ocultar nada, esta peculiar faceta de su comportamiento.

Ofrezco, para probarlo, un solo ejemplo que tomo de sus «memorias» (18). Hacia 1925, cuenta ya cincuenta y dos años, Eduardo Zamacois comparte su capacidad de amar entre la esposa y otras tres mujeres (María, Bianca y Matilde); «ante la imposibilidad de proceder sinceramente con las personas dependientes de mí —escribe narrando el episodio—, y para evitarles sufrimientos, me atrincheré en el maravilloso mundo de la mentira. A Cándida [la esposa] y a María les dije que la mayoría de las noches debía pasarlas con mi madre, determinación que ellas aplaudieron y me permitía acompañar a Matilde; y como ésta me sabía casado hallaba justo que yo, dos veces por semana pernoctase bajo el techo conyugal, libertad que yo repartía entre Cándida y María puntualmente. Mis viajes a Barcelona, para ver a Bianca, los justificaba con la supuesta trabajosa organización de un 'Centro Editorial' que yo había de dirigir. Así, merced a lo que yo ocultaba y a lo que ellas no querían ver, todo se arregló». Esta peripecia, que no fue desde luego excepción en su vida, y el modo de creer haberla resuelto, con fórmula muy acorde con la que gustaban utilizar los autores de novelas «galantes», revela, mejor que una pormenorizada indagación, la entraña donjuanesca que nutre la condición humana de Zamacois. Añadiré otra confidencia suya, pues es valiosa para entender su modo de ser. Confiesa Zamacois, uniendo

(18) *Un hombre que se va...*, p. 422.

al amor «legal» por la esposa, la hija y la madre, los «ilegítimos» que siempre le sedujeron: «Yo las quería, yo no cesaba de trabajar por ellas, sus vidas me eran sagradas; pero sentía que me esclavizaba, y al placer inmenso de abrazarlas, poniendo en cada abrazo mi corarón, se asociaba el deseo, inconfeso, de separarme de ellas otra vez», y añade, buscando entenderse: «La herencia me legó dos nociones absolutamente enemigas. De mi madre —ególatra modelo— heredé la incapacidad de amar; de mi padre —todo desinterés— la imposibilidad de amarme» (19).

De regreso de su segundo viaje por América, Eduardo Zamacois se reintegra a la vida familiar y rehace su hogar adquiriendo una villa en Francia, en la carretera de Bayona a Hendaya, donde residirán la esposa y la hija mientras él vive habitualmente en Madrid. Este apartamiento duró poco, pues concluye al adquirir un hotelito en la colonia madrileña de Chamartín de la Rosa, que bautizó con el nombre de «Las raíces», título de una trilogía novelesca que compone el mejor capítulo de su producción literaria. En este reconstruido hogar morirá Cándida, la esposa, víctima de un cáncer, el 30 de noviembre de 1933; dos años más tarde fallece, nonagenaria, la madre. El vacío empieza a señorear en la vida del escritor, quien todavía cuenta con la fidelidad de alguno de los viejos amoríos. En compañía de una de las mujeres que creyó amar, Matilde, hace un viaje a Cuba para vender la hacienda familiar, y con ella, de nuevo en Madrid, recompone su hogar en un chalet de la colonia Cruz del Rayo; proyectaban ambos realizar un viaje por Oriente cuando el comienzo de la contienda civil vino a imponer nuevo rumbo a sus vidas.

Aunque ajeno totalmente por preferencias y conducta personal a los problemas políticos nacionales, Eduardo Zamacois se vería afectado por el suceso bélico que acabaría imponiéndole la expatriación, un exilio que había de prolongarse, ininterrumpido sólo por un fugaz retorno a España, hasta su muerte. Durante los años de la guerra continúa ejerciendo el periodismo y vive, tras abandonar Madrid, en Valencia primero y más tarde en Barcelona; escribió una novela de guerra, *El asedio de Madrid,* y colaboró en la redacción de una publicación periódica titulada *Mi revista.* Estaba decretada su detención, por motivos que Zamacois no ha explicado, cuando el 23 de enero de 1939 consigue salir de Barcelona en compañía de su hija, el esposo de ésta y Matilde, el último amor de su vida.

La existencia de exiliado se inicia para Eduardo Zamacois, como para tantos otros compatriotas suyos, en Francia, de donde pronto

(19) *Ibid.,* pp. 389-390.

salió dirigiéndose a Cuba; en La Habana colabora en *El País,* en las revistas *Bohemia* y *Carteles* y se especializa en charlas radiofónicas; envidias profesionales le obligan a trasladarse a la ciudad de México, donde prosigue su actividad literaria y tiene lugar el encuentro con otros exiliados, con Libertad Blasco y Salvador Bartolozzi, con Antonio Zozaya, el poeta Alfonso Comín, Roberto Castrovido y Gonzalo de Reparaz. En México se hizo popular un serial suyo de novelas radiofónicas. Otra etapa de su vida en el exilio tuvo por escenario la ciudad de Nueva York, donde trabaja en doblajes cinematográficos y como traductor para la revista *Reader's Digest.* La muerte de la hija, en 1946, lo lleva a Buenos Aires; en la capital argentina Zamacois reemprende su labor literaria, que fue primero muy activa con colaboraciones en las revistas bonaerenses *Crítica, Clarín* y *Mundo Argentino,* en el diario *Alerta,* de La Habana, y en la revista *Todo,* de México.

Un empleo que le proporciona, en 1953, el Ministerio de Salud Pública argentino, el primer puesto oficial que ocupó en su vida, permite a Eduardo Zamacois subvenir a sus necesidades cuando la edad limita su labor como escritor. Es ahora cuando redacta las últimas «memorias», para las que encontró este espléndido título: *Un hombre que se va...* La nostalgia de la patria lejana trajo a Zamacois a España; en esta fugaz visita, en la primavera de 1969, tuve la fortuna de conocerle personalmente; en aquella fecha, con sus noventa y seis años, era el último representante de la promoción literaria de la Regencia. En Buenos Aires moriría Eduardo Zamacois dos años después; falleció el 31 de diciembre de 1971.

Desde la situación vital en que le colocó la ancianidad, enfrentado al recuerdo de su existencia, rica en lances, Eduardo Zamacois quiso hacer de ella balance y enjuiciarla; conocer lo que de sí mismo opinó creo es importante para completar este retrato suyo «He envejecido —escribe (20)—, sin rumbo, sin plan, como a tientas, y gracias a este placentero no importarme "lo que será de mí", la Vida, que para los espíritus previsores es un problema grave, tuvo para mí la ligereza de una película [...] He trabajado mucho. He escrito más de sesenta novelas, comedias, libros de crítica y de viajes, y millares de artículos. Pero en este obstinado forjar no terció mi voluntad, sino mi gusto. Yo he sido un indisciplinado que, para vivir gratamente, nunca vacilé en preferir lo agradable a lo que las personas "serias" llaman "lo conveniente"»; y añade: «cercana ya la hora en que he de subir "al último tren", de nada muy grave me acuso.

(20) *Ibíd.,* pp. 42-3, 44-5.

Fui un espectador ingenuo de la Vida. Me han gustado las mujeres, los viajes y los libros; los tres grandes recursos de que el hombre dispone para evadirse, incluso de sí mismo». A esta reflexión pone remate un juicio que mal encubre un poso de propósitos no logrados: «La vida no es otra cosa que una bella ilusión echada a perder» (21). Conocemos ya al hombre que fue Eduardo Zamacois; es momento de adentrarnos en el examen de su obra literaria.

LITERATURA GALANTE

A los años de juventud de Eduardo Zamacois corresponde la primera de las etapas que cabe deslindar en su quehacer literario. Este período, que se prolonga hasta 1905 y ha sido calificado por él propio Zamacois de «pasional», comprende una copiosa producción libresca que totaliza veintiún títulos, en su mayoría volúmenes publicados en Barcelona por el editor Ramón Sopena. Con estas obras primerizas, Eduardo Zamacois contribuyó, y de modo decisivo, a la aclimatación en España de la literatura «galante» francesa; con ellas hizo popular su firma y ganó para sí un calificativo que la crítica no ha querido modificar al enjuiciar etapas ulteriores de su labor de escritor. Entre 1893, fecha de edición del volumen de crónicas *Tipos de café*, y 1905, Eduardo Zamacois publicó diez novelas (22), seis volúmenes de narraciones, novelas breves y cuentos (23), otros cuatro títulos que recogen artículos y crónicas (24) y su primera autobiografía, que tituló *De mi vida* (Barcelona, 1903).

La enferma, primera novela de Zamacois, rehace la historia de unos amores juveniles; recuerdos de su vida figuran también en *Punto negro*, obra que tuvo excelente acogida; *Tick-Nay*, novela subtitulada «El payaso inimitable», une a sus posibles valores literarios el interés de incluir en sus páginas un episodio de la vida de Ferrer Guardia, que Zamacois asegura lo conoció por su propio protagonista (25). *El seductor*, obra de la que se hicieron varias ediciones, consagraría a su autor como escritor popular. La novela *Duelo a muerte* la escribió

---

(21) *Ibid.*, p. 482.

(22) *Consuelo* (1896), obra reimpresa el mismo año con el título de *La enferma; Punto negro* (1897), *Tick-Nay* (1900), *Incesto* (1900), *Duelo a muerte* (1902), *El seductor* (1902), *Loca de amor* (1902), *Memorias de una cortesana* (1903), *Bodas trágicas* (1903) y *Sobre el abismo* (1905).

(23) *Amar a oscuras* (1894), *De carne y hueso* (1901), *El lacayo. La quimera* (1902), *Noche de bodas* (1902), *Desde el arroyo* (1903) y *Horas crueles* (1903).

(24) *Tipos de café* (1893), *Humoradas en prosa* (1896), *Vértigos* (1899) e *Impresiones de arte* (1904).

(25) *Un hombre que se va...*, pp. 80-1.

durante una estancia en Mallorca, en la primavera de 1901. *Memorias de una cortesana* es el más ambicioso y también el mejor logrado fruto en la producción novelesca de Zamacois anterior a 1905, posiblemente porque en su trama rehace ambientes madrileños que conocía bien. *Sobre el abismo,* novela fechada en Valencia, en el mes de octubre de 1905, es obra en la que se anticipa el cambio que pronto iba a imponerse en el quehacer literario de su autor.

Varias de las novelas nombradas fueron más tarde objeto de reelaboración por Zamacois antes de permitir su reimpresión en la Editorial Renacimiento; otras, como *Incesto, Loca de amor* y *Bodas trágicas,* que el editor Sopena continuó reimprimiendo, serían recusadas por Zamacois, quien las eliminó de su bibliografía. Por sus temas y la traza de las criaturas que ideó para ser sus protagonistas, todas estas novelas de Zamacois resultan muy parecidas y también se asemejan a ellas los relatos breves, narraciones y cuentos que en aquellos años publicó; en toda su producción literaria anterior a 1905 el ingrediente erótico es componente obligado, y en sus figuraciones hombres y mujeres son seres a los que únicamente mueve la satisfacción de su sensualidad; impone esta uniformidad no tanto las personales convicciones de su creador como la índole comercial de aquella copiosa producción libresca, producto destinado a satisfacer la demanda de un mercado que consumía sucesivas ediciones de aquellas obras para beneficio exclusivo del editor.

Del nutrido catálogo de las obras de Eduardo Zamacois ya nombradas, que no merecen, en ninguno de los títulos que lo integran, comentario particularizado, emitió en 1909 este juicio el crítico Andrés González-Blanco: «Eduardo Zamacois ha sido el creador de la novela erótica en España, que más tarde ha llevado a su culmen y apogeo Felipe Trigo. *Ordine témporis* es primero Zamacois. Antes de que él escribiese sus primeras novelas [...] toda nuestra bibliografía erótica hallábase reducida a infectas narraciones escatológicas, que erizaban los nervios del más sereno y alarmaban el pudor del menos timorato. La obscenidad era erotismo, antes de que conociésemos a Zamacois» (26). Sólo parcialmente puede aceptarse la opinión que sustenta González-Blanco; cierto es, desde luego, que Eduardo Zamacois impone en el tratamiento literario del tema erótico un criterio distinto del utilizado, en las décadas finales del siglo XIX, por Eduardo López Bago, algunos de sus imitadores, como Alejandro Sawa y Eugenio Antonio Flores, y con ellos José Zahonero (27), care-

(26) A. González-Blanco: *Historia de la novela en España desde el Romanticismo a nuestros días,* p. 985, Madrid, 1909.

(27) Cf. Walter T. Pattison: *El naturalismo español,* Madrid, 1965.

ce, sin embargo, de sentido disputar la prioridad entre Zamacois y Felipe Trigo, pues en ellos fueron distintos los fines que les indujeron a utilizar para sus creaciones temas hasta entonces abordados sólo de modo encubierto por los novelistas españoles (28), lo que no impidió que ambos escritores ejercieran influjo compartido en cuantos novelistas los tomaron después como maestros suyos.

Lo extremoso del naturalismo finisecular, que sólo permitía ofrecer obras que Cansinos-Assens calificaría más tarde, justamente, de «impúdicos cartones anatómicos», escritas con intención a la vez moralizadora y científica, motivó su rápido agotamiento e hizo posible que su lugar, en la preferencia de muchos lectores, lo ocupasen, primero, imitaciones de la novela «galante» francesa y, poco después, las obras de Felipe Trigo, en las que era patente la pretensión de reformar convicciones y prejuicios todavía firmemente arraigados en la sociedad española; una intención social, educadora, que Trigo explayó en sus libros *Socialismo individualista* (1904) y *El amor en la vida y en los libros* (1907) (29).

La disparidad entre los propósitos y procederes literarios de Zamacois y Felipe Trigo la señaló con toda claridad Cansinos-Assens en su artículo «Los eróticos» (30); se recuerda en este trabajo la obra juvenil de Eduardo Zamacois y cómo fue con aquellas creaciones suyas primer cultivador de la novelística «galante» de procedencia francesa; por su parte, Felipe Trigo remozó el naturalismo dando vida a la auténtica novela erótica. Destacando los rasgos que distinguen, como productos bien diferenciados, las obras de ambos novelistas, añade, en su análisis, el autor que menciono (31): «La novela de Felipe Trigo no es la novela galante, amena y frívola y sensual, en una sola palabra: alegre, engalanada con las más finas ropas de fiesta de la literatura, según se muestra en Zamacois. La novela de Trigo es una lectura seria y profunda, algo así como cursos prácticos de psicología y de fisiología».

Fue Zamacois, y ello merece ser destacado, quien hizo posible la fundación de *Vida Galante,* revista erótica en la que luego se mezclarían propósitos de propaganda socialista, que empezó a publicarse en Barcelona el 6 de noviembre de 1898, y cuya redacción se trasladó a Madrid el 30 de septiembre de 1900 (32). Su propietario, el editor Ramón Sopena, quiso que la revista fuese algo distinto de

---

(28) Este capítulo, hoy prácticamente ignorado, de la literatura española contemporánea es objeto de examen en mi libro, en preparación. *Sexo y ficción novelesca.*

(29) Cf. Alma Taylor Watkins: *Eroticism in the novels of Felipe Trigo,* New York, 1954.

(30) Reproducido en *La nueva literatura, II. Las escuelas,* 2.ª edic., Madrid, 1925.

(31) R. Cansinos-Assens: *Ibid.,* p. 202.

(32) Cf. Rafael Pérez de la Dehesa: *El grupo «Germinal»: una clave del 98,* Madrid, 1970.

Nuevo Mundo y *Blanco y Negro,* los dos más populares semanarios en los años finales del siglo. *Vida Galante* la proyectó Eduardo Zamacois como «una revista frívola que recogiese el aroma de alcoba que perfuma la literatura francesa del siglo XVIII; una publicación traviesa, con historietas de mujercitas locas y maridos de vodevil, aunque sin audacias de mal género» (33), es decir, para entendernos, quiso que fuera la interpretación, desde España, de la vida parisiense. Primero fue Zamacois casi su único redactor, y semanalmente tenía que llenar las veinticuatro páginas de la revista con cuentos y crónicas, semblanzas biográficas, artículos de crítica artística y literaria y material informativo. Fueron luego colaboradores de *Vida Galante* Dicenta, Manuel Paso y otros redactores de *Germinal.* En *Vida Galante,* y en una sección titulada precisamente «Germinal», se publicaron semblanzas de escritores jóvenes calificados entonces de rebeldes sociales o políticos; entre otros, fueron allí objeto de mención Gómez Carrillo y Martínez Sierra, Villaespesa, Arturo Reyes y Rafael Urbano, Palomero, Alejandro Sawa y Ramiro de Maeztu.

Queda fuera de los límites de este trabajo, que se ocupa de rehacer la personalidad humana de Eduardo Zamacois y hacer examen de su obra, el estudio del auge que tuvo la novela erótica en España en las primeras décadas del actual siglo y de las razones que permiten explicar que así sucediera (34). Lo hicieron posible el éxito editorial alcanzado primero por Zamacois y luego sobrepujado por Felipe Trigo; seguidores de ambos, en dispar medida cada uno, fueron Alberto Insúa y López de Haro, Hoyos y Vinent, José Francés y Pedro Mata, Joaquín Belda y más tarde Alvaro Retana y «El Caballero Audaz», citando sólo a los más caracterizados miembros de una promoción de escritores que se mantuvo en la preferencia literaria de un amplio sector de la sociedad española hasta los años treinta. Para difundir esta literatura narrativa, que se centraba en la elaboración de lo sexual como materia novelesca, se fundaron saneados negocios editoriales, destacando las colecciones «Regente» y «Galante», propiedad de Ramón Sopena, y que dirigió para este editor barcelonés Eduardo Zamacois. Con *Vida Galante* otras publicaciones periódicas, entre ellas el semanario *Sicalíptico* y la revista quincenal *París Alegre,* impresas ambas en Barcelona, ayudaron a comercializar en España un auténtico subproducto de la literatura galante francesa.

---

(33) *Un hombre que se va...*, p. 144.

(34) Su interpretación la pretendió el crítico Eduardo Gómez de Baquero en su artículo «La novela erótica» (*La España Moderna,* XXI, 250, 169-75, Madrid, 1909), en el que, por cierto, sólo menciona a Felipe Trigo como «precursor o fundador de ese género o variedad novelesca que va adquiriendo una extensión propia para alarmar a los moralistas».

Razones económicas llevaron a bastantes escritores, como primero a Zamacois, a cultivar la novela erótica; citaré, para confirmarlo, un testimonio bien revelador. Comentando la muerte, casi en la miseria del escritor Manuel Martínez Barrionuevo, escribía, en 1917, Ortiz de Pinedo: «Para lograr algunas comodidades el escritor español, salvo contadas excepciones, tiene que hacer teatro 'gordo' o novelas eróticas. Los libros de Trigo y de sus imitadores son, como todo el mundo sabe, los que más se han vendido y aún se venden.» El triunfo de la novela erótica lo reconoce, desaprobándolo desde luego, el artículo «Dos generaciones», escrito por Azorín en 1910 (35); en él contrapone los ideales y la actividad literaria de su generación y los que presiden la labor como escritores de bastantes de los que pertenecen a la que ella sucedió; «la nueva generación —escribe Azorín—... está completa y desenfrenadamente entregada al más bajo y violento erotismo; no transcurre una semana sin que aparezca en las librerías una nueva novela pornográfica; se ponen a estos libros los títulos más provocadores y llamativos; se los anuncia en grandes carteles por las esquinas; se describen en ellos las más torpes aberraciones humanas». Cuando esto ocurría, lo veremos confirmado en el siguiente capítulo de este estudio, Eduardo Zamacois se había apartado ya ostensiblemente de la literatura «galante» y el erotismo no es ya ingrediente principal en los frutos del quehacer novelesco que reanuda en 1910.

Un paréntesis que Eduardo Zamacois abre en su producción novelesca en 1905 y no clausura hasta cinco años después, separa la primera etapa de su vida de escritor de la que da comienzo en 1910 y que reanuda, acabo de indicarlo, con una labor literaria bien diferente. Su apartamiento de la novela «galante» se confirma, pues aunque lo erótico seguirá presente en algunas de sus novelas, así en *El otro* y en la titulada *El misterio de un hombre pequeñito,* la inclusión de lo sexual en su trama viene impuesta por la peripecia que el argumento obliga a vivir a los personajes y no es consecuencia de un frío cálculo que busca asegurar, con tal proceder, la fácil comercialización de la obra. Entre 1905 y 1910 Zamacois hace realidad dos importantes empresas como editor, la fundación de las colecciones de novela breve *El Cuento Semanal* (1907) y *Los Contemporáneos* (1909), cuya historia, con la de las publicaciones que mantuvieron con posterioridad la boga de la novela corta, se rehace en la segunda parte de este volumen. Comparte Eduardo Zamacois con este importante co-

(35) Azorín: «Dos generaciones», *Estética y política literarias, Obras completas,* IX, páginas 1136-40, Madrid, 1954.

metido la realización de varios intentos como autor dramático (36) y una sostenida actividad de crítico teatral; este interés le lleva incluso a la creación de una compañía encabezada por Ramona Valdivia, uno de sus fugaces amores, con la que emprendería un azarosa campaña artística iniciada en Madrid y que prosiguió por tierras de América (37) para concluir, era previsible, en una completa bancarrota económica.

SEGUNDA JORNADA LITERARIA

En 1910 Eduardo Zamacois reanuda su labor como novelista; esta segunda etapa en su vida literaria va a prolongarse hasta los años de senectud cuando redacta en Buenos Aires, en 1964, la versión definitiva de sus «memorias». El escritor que ahora reaparece como autor de ficciones novelescas poca relación guarda, queda dicho, con el que firmó los títulos que tanto contribuyeron a imponer en España la literatura «galante»; el propio Zamacois lo reconoce al rotular los comienzos de este nuevo período como etapa de «indecisión o transición»; en su transcurso, confiesa, «el sentimiento amoroso me preocupó menos y me aventuré por los pagos del misterio y la ironía» (38). *El otro*, obra editada en 1910, encabeza la lista, reducida en títulos, de novelas publicadas por Eduardo Zamacois con anterioridad a 1922, fecha en que su producción literaria evidencia un nuevo y decisivo cambio; a la novela citada siguen las tituladas *Europa se va* (1913) (39), *La opinión ajena* (1913) y *El misterio de un hombre pequeñito* (1914).

El apartamiento, que acabará siendo total, de Eduardo Zamacois de la literatura «galante» no sólo lo prueba la composición de las novelas que acabo de mencionar, pues también lo atestigua su ruptura con el editor Sopena, la refundición a que somete el texto de varias de sus primeras obras y el rechazo de algunos títulos, obras y títulos que, sin embargo, la Editorial Sopena seguiría reimprimiendo en sus versiones originales. Gregorio Martínez Sierra invitó a Za-

---

(36) La producción teatral de Eduardo Zamacois comprende las comedias *Nochebuena* (1908), *El pasado no vuelve* (1909) y *Frío* (1909), editadas, luego reunidas en un volumen que tituló *Teatro galante* (1910). De fecha posterior son sus comedias *Los reyes pasan* (1911) y *Rebeldía* (1914) y el drama *Presentimiento* (1916). Su obra, de 1935, *Don Juan hace economías*, más que pieza teatral, es novela dialogada. Con su labor como crítico teatral, Zamacois compuso los volúmenes *Desde mi butaca* (1907), *El teatro por dentro* (1911) y *La carreta de Tespis* (1918).

(37) *Un hombre que se va...*, pp. 256-57 y 283.

(38) *Un hombre que se va...*, p. 40.

(39) Esta obra se publicó, al parecer, primero en Buenos Aires con el título de *Los emigrantes* (1911).

macois a publicar sus novelas en la Editorial Renacimiento y para ella escribió *El otro* (40), cuyo título, referido a la personal situación literaria de su autor en aquella fecha tiene casi significado simbólico. «Yo renací con 'Renacimiento' —cuenta Zamacois (41)—, que fue para mí lo que para el creyente las aguas del Jordán». El favor del público no le faltó a Eduardo Zamacois en esta reaparición suya como novelista y las obras que escribió desde 1910 alcanzaron varias reimpresiones. En *El otro* y *El misterio de un hombre pequeñito* su autor descubre la curiosidad que entonces debió sentir por conocer la por muchos creída influencia ejercida en la conducta humana por factores sobrehumanos; en ambas novelas este ingrediente confiere particular cariz al componente erótico que también está presente en su trama argumental. En la novela *Europa se va,* Zamacois se limita a rehacer sus experiencias y recuerdos de viajero en ruta hacia tierras de la América hispana.

Con los títulos de las novelas nombradas, la bibliografía de Eduardo Zamacois entre 1910 y 1922 incluye libros de carácter misceláneo, la producción dramática de la que ya hice mención, textos autobiográficos y volúmenes que reunen novelas cortas, cuentos y narraciones, primero publicadas en colecciones de novela breve o en las revistas de las que fue asiduo colaborador. Reimpresión de parte de esta producción menor son las obras *La serpiente sonríe* y *La cita,* editadas ambas en 1913 (42). Contenido diverso ofrecen los libros de Zamacois titulados *Río abajo* (1906), *Del camino* (1913), *Cuenta, caminante* (1915), *Al remo* (1919) y *De Córdoba a Alcazarquivir* (1922). En 1910 publicó una semblanza de Blasco Ibáñez de la que se hizo nueva edición en 1928.

La actividad como novelista de Eduardo Zamacois sufre nuevo abandono en 1914, prolongándose esta interrupción hasta 1921; durante aquellos años, recuérdese, anduvo por Europa como cronista de guerra e hizo su segundo viaje al continente americano. En la colección *La Novela Semanal*, en 1921, aparece la primera versión de su novela *Memorias de un vagón de ferrocarril,* editada al siguiente año en su versión definitiva y obra literariamente muy superior a toda su anterior producción novelesca; con ella se inicia un nuevo giro en su quehacer como narrador. Para ambientar el argumento de la novela, que pretender ser, como su título promete, las «memorias» de

---

(40) De esta novela se hicieron dos ediciones el año de su aparición y con posterioridad sirvió de argumento a una película.

(41) *Un hombre que se va...*, p. 259.

(42) De este período de la labor de escritor de Zamacois no he podido consultar sus obras *Crimen sin rastro* (1911), *Viuda inconsolable* (1911) y *Equivocación* (1916).

un vagón de ferrocarril con muchos años de servicio en distintas líneas españolas, Zamacois hizo viajes como 'ayudante de máquina' en las locomotoras del expreso Madrid-Hendaya. Este deseo de conocer la realidad que luego iba a transformar en tema literario proclama la vinculación del escritor a los principios del realismo y nos descubre el cambio operado en sus preferencias estéticas.

En la segunda etapa de su vida de escritor Eduardo Zamacois reincide en el cultivo del género autobiográfico, preferencia que está de acuerdo con la condición donjuanesca de su temperamento. Episodios de su vida los rememora, dándoles aire novelesco, en los relatos «Mirando hacia atrás» *(Los Contemporáneos,* 1915), «Los últimos capítulos» *(La Novela Corta,* 1916), «Horas locas» *(La Novela Semanal,* 1922) y «La divina pirueta» *(La Novela de Hoy,* 1923). De sus andanzas por América habla en los libros *Dos años en América* (1913) y *La alegría de andar* (1920). Versiones más detalladas de lo que fue su vida las ofrece Zamacois en otras dos obras suyas: *Años de miseria y de risa* (1916) y *Confesiones de un niño decente* (1922). Su novela *Una vida extraordinaria* (43), fechada en Madrid en junio de 1923, que el autor subtitula «Fragmentos de unas *Memorias* que nadie se atrevería a publicar completas», compone la definitiva confesión de su vida sentimental, atribuyendo aquí aquellos recuerdos a la figurada existencia del personaje Luis Leal y Doraine, protagonista de la narración, quien enjuiciándose formula una afirmación que importa repetir aquí para mejor conocer al hombre que fue, en su vida privada, Eduardo Zamacois: «En mí —proclama Luis Leal (44)— ... el 'hambre sexual' fue lo único permanente... A nadie dañé con esto. Al filósofo, al sociólogo, podemos exigirles que observen, para con su prójimo, una conducta austera, ejemplar. Al artista, no, porque es 'creador', esto es, 'personal', y una personalidad muy fuerte supone rebeldías. Lo único a que los artistas viven obligados es 'a producir belleza', y ese placer comunicativo de sus obras es el Bien que reparten. Por lo cual tienen derecho evidente a colocarse un poco fuera de las costumbres y ser algo 'aparte'. Lo que yo he hecho.»

El cambio que Eduardo Zamacois impone a su producción como novelista desde 1921, inicia en su obra literaria una tercera etapa en la que se nos muestra por completo liberado de su juvenil vinculación a la literatura «galante» y en posesión plena de innegables dotes de narrador, que le permiten dar vida a criaturas con honda humanidad, de recio perfil, que manifiestan cómo el destino fuerza a

---

(43) Esta obra ha sido reimpresa en 1971 con el título *Don Luis se divierte.*
(44) *Una vida extraordinaria,* p. 238.

comportarse a los seres con existencia real, protagonizando peripecias tomadas también de la realidad y que el autor consigue trasladar al imaginario mundo de unas creaciones que entroncan con la rica tradición realista de la novela española.

Tiene efectivo comienzo esta etapa final de su quehacer literario en 1927 al publicar *Las raíces*, primer título de una trilogía encabezada con el mismo rótulo; los otros dos volúmenes, *Los vivos muertos* y *El delito de todos*, aparecieron, respectivamente, en 1929 y 1933. La preparación de este ciclo novelesco la inicia Zamacois en 1922; desde aquella fecha realizó rápidas excursiones por pueblos castellanos cercanos a Madrid para recoger apuntes de ambientes y tipos humanos; con parte de aquellas notas redactó en 1925 la narración breve *Traición por traición*, anticipo de la trama argumental desarrollada luego en *Las raíces*. Para componer *Los vivos muertos*, segundo título de la trilogía, Zamacois hizo visitas a diversos presidios, en particular al penal de San Miguel de los Reyes, utilizando una autorización que le proporcionó Martínez Anido, entonces ministro de Gobernación. *El delito de todos*, último volumen de la trilogía, reproduce ambientes madrileños populares y de sus más míseros barrios bien conocidos por Zamacois y que habían sido objeto ya, con anterioridad de bastantes años, de tratamiento literario en la trilogía *La lucha por la vida*, de Pío Baroja, y por Blasco Ibáñez, en su novela *La horda*.

Esta referencia al procedimiento utilizado por Eduardo Zamacois para componer las tres narraciones atestigua cómo en su redacción el autor se mantuvo fiel a los postulados del realismo. El autor de *Las raíces* está ya muy lejos del que escribió, desde 1894, aquellas novelas que tanto influyeron en el triunfo, en España, de la literatura 'galante'. El ambiente rural de Carrascal del Horcajo, el penal de San Miguel de los Reyes y los medios urbanos madrileños, escenarios, respectivamente, de *Las raíces*, *Los vivos muertos* y *El delito de todos*, están reproducidos con irreprochable fidelidad y en ellos se hace vivir a unos personajes, tanto sus protagonistas como quienes les sirven de coro o son espectadores mudos, encadenados a primarios impulsos, con humanos egoísmos y también humanas abnegaciones. La familia compuesta por los hermanos Santoyo, sus mujeres e hijos, Agueda, la adolescente sacrificada a la brutalidad sexual de Leandro Santoyo, cuyas existencias se narran en los tres títulos de la trilogía, son criaturas que Zamacois consigue hacer vivir sin que en su comportamiento se inmiscuya la voluntad del autor, pues se muestran y actúan de acuerdo a lo que su propia personalidad les impone

Eduardo Zamacois tuvo conciencia clara de la importancia de su labor como lo permite deducir este recuerdo suyo, que incluye en las «memorias», referido a la redacción del primer volumen de la trilogía: «Conforme se acercaba el desenlace de *Las raíces* más satisfecho estaba de mi obra, y mayor tesón ponía en concluirla. Era un libro escrito en el estilo descarnado, recio y sucinto correspondiente a la índole y trazado de los tipos y paisajes que en él se retrataban» (45). El éxito de público y crítica que tuvo la edición de la obra animó a Zamacois a terminar la trilogía, logrando mantener en los dos volúmenes que completan la historia familiar de los Santoyo el vigor expositivo, la reciedumbre que exigía describir la vida de Martín Santoyo en el penal de San Miguel de los Reyes *(Los vivos muertos)* y la cruel historia de Agueda *(El delito de todos),* víctima de una sociedad insensible al dolor humano.

Al tiempo que Eduardo Zamacois compone los volúmenes de la trilogía *Las raíces,* su antigua vinculación a la literatura «galante» aún aflora en varias narraciones breves, escritas con evidente intención comercial, y también en un empeño más ambicioso, la novela *La antorcha apagada,* escrita en 1935 (46), donde narra la vida íntima de un hombre dominado por una desviación instintiva. Con este libro, la novela *El asedio de Madrid,* escrita durante la contienda civil, y la pieza teatral o novela dialogada *Don Juan hace economías* (1936), la producción libresca de Zamacois posterior a 1923 la completan los tres volúmenes titulados *Para ti...,* que recogen dieciocho novelas cortas fechadas entre 1903 y 1928; las colecciones de novelas breves y relatos *Traición por traición* (1925), *El Guiñol del Diablo* (1928) y *Los oídos del alma* (1931) y los volúmenes de cuentos *La risa, la carne y la muerte* (1930) y *La virtud se paga* (s. f.). Eduardo Zamacois, fundador de las dos primeras publicaciones españolas de novela corta, fue asiduo colaborador de estas colecciones, ofreciendo en ellas, desde 1907 y hasta 1936, más de cincuenta títulos (47). En dos ocasiones, en 1916 en la Editorial Renacimiento y en 1920 en la imprenta de Juan Pueyo, Zamacois hizo ediciones de lo que en ambas fechas podían ser sus Obras Completas; una selección de sus más

---

(45) *Un hombre que se va...,* p. 436.

(46) Esta obra se reimprimió en Buenos Aires en 1955, figurando ahora, al final de su texto, como fecha de redacción, la de enero de 1955, error involuntario o no que conviene deshacer.

(47) De este importante capítulo de la obra narrativa de Eduardo Zamacois conozco su colaboración en *El Cuento Semanal* (1907-1908), *Los Contemporáneos* (1909-1916), *Los Cuentistas* (1910), *El Libro Popular* (1912), *La Novela Corta* (1916-1917), *La Novela Semanal* (1921-1923), *La Novela de Hoy* (1922-1931), *La Novela de Noche* (1924), *La Novela Mundial* (1928), *Los Novelistas* (1928) y *Los 13* (1933).

conocidos títulos ha sido impresa en Barcelona en 1959 (48). En 1917, con prólogo de Luis de Oteyza, se editó una antología de escritos suyos con el título *Mis páginas mejores* y con el rótulo *Mis mejores cuentos* la editorial Prensa Popular publicó en Madrid, en volumen carente de fecha, una colección de narraciones seleccionadas por el propio Zamacois.

Desde 1939, fecha de su expatriación, Eduardo Zamacois incorporó a su bibliografía un único título: *Un hombre que se va...*, rótulo que encabeza la definitiva versión de sus «memorias», fechadas en Buenos Aires en el mes de enero de 1964 y editadas el mismo año en Barcelona. Este relato de su vida, narración «lisa y llana» como certeramente la enjuicia Antonio Tovar (49), supone la definitiva clausura de su quehacer de escritor; al rematar aquella redacción de sus recuerdos Eduardo Zamacois nos descubre la situación íntima en que queda con estas sinceras palabras: «El manuscrito de mi obra me parece algo material, que formó parte de mí y que me han amputado. Consiguientemente, mi misión ha concluido. Me voy. Lo he dicho todo. Soy un hombre sin secretos; me he quedado vacío y este no tener nada que contar, me niega el derecho a seguir escribiendo. Tengo la impresión de que me he suicidado» (50). La muerte real tardaría aún, a partir de aquella fecha, siete años largos en producirse.

La crítica literaria no ha hecho todavía de la obra novelesca de Eduardo Zamacois el estudio que ésta exige ni tampoco ha sometido a examen el influjo cierto que ejerció en el quehacer literario de otros escritores hasta los años treinta. Asombra, realmente, el olvido en que yace su nombre, su ausencia de obras que pretenden ser exposiciones de conjunto de la novelística española contemporánea. De los libros de Zamacois, en las fechas de su edición, se publicaron en revistas y periódicos las habituales reseñas críticas; mencionado queda el juicio que la primera producción literaria de Zamacois mereció a González-Blanco y también la referencia que de sus novelas hizo en fecha posterior Cansinos-Assens. De Eduardo Zamacois ofrece una semblanza Julio Cejador en su monumental *Historia de la literatura castellana* (51); por encargo de la Editorial Renacimiento, César González-Ruano y Carmona Nenclares escribieron en 1927 su bio-

---

(48) *Obras selectas*, Edit. Ahr (Barcelona, 1959). Incluye: *Las raíces, Los vivos muertos, El delito de todos, Memorias de un vagón de ferrocarril, La opinión ajena* y *El misterio de un hombre pequeñito*. El volumen se encabeza con un amplio «prólogo» que firma Federico Carlos Sainz de Robles.

(49) A. Tovar: «Mensaje interesante, libro ameno», *Gaceta Ilustrada*, IX, núm. 411, Barcelona, 22, VII, 1964.

(50) *Un hombre que se va...*, p. 502.

(51) J. Cejador y Frauca: *Historia de la lengua y literatura castellana*, X, 290, 293-95, Madrid, 1919.

grafía (52). En los últimos años sólo ha recordado el nombre de Zamacois Federico Carlos Sainz de Robles al componer dos de sus repertorios biográficos (53).

El desconocimiento que hoy existe sobre la obra literaria de Eduardo Zamacois hace que no se le mencione en obras tan prestigiadas como el *Panorama de la Literatura Española Contemporánea* de Torrente Ballester y la *Historia de la Literartura Española* de Angel Valbuena Prat; en el primer volumen de *La Novela Española Contemporánea* de Eugenio de Nora, la referencia a Zamacois se limita a su mención en una nota incorporada al capítulo donde examina el tránsito de la literatura «galante» a la novela erótica. La *Historia de la Literatura Española e Hispanoamericana* (1960) de Díez Echarri y Roca Franquesa incluye a Eduardo Zamacois en el grupo de «novelistas cubanos». La *Enciclopedia de la Cultura Española* (1963) ignora el nombre de Zamacois y el *Diccionario de la Literatura Española* publicado por Revista de Occidente, en una sucinta reseña biográfica del escritor, equivoca la fecha de nacimiento y hace morir a Zamacois en 1954 (54); el año de su nacimiento está también equivocado en las referencias de Sainz de Robles, Díez Echarri y Eugenio de Nora. Joaquín de Entrambasaguas ha compuesto un amplio estudio biográfico y crítico de Zamacois para prologar la edición que hace de su novela *Memorias de un vagón de ferrocarril* en el sexto volumen de la colección «Las mejores novelas contemporáneas» (55). Esta rápida revisión en la bibliografía crítica existente sobre Zamacois es bien ilustrativa y creo confirma la necesidad de recuperar el nombre del escritor y su obra si queremos que el conocimiento del más inmediato pasado en la historia de la novela española deje de ser lo que es actualmente, fragmentario panorama donde sólo emergen, como islotes, algunos nombres, desconociéndose, en absoluto, qué tendencias literarias gozaron de mayor popularidad, qué escritores eran más leídos y cuál fue el efectivo ámbito de su influjo.

LUIS S. GRANJEL

Fonseca, 4
SALAMANCA

---

(52) C. González-Ruano y F. Carmona Nenclares: *Nuestros contemporáneos, III. Zamacois*, Madrid, 1927.

(53) F. C. Sainz de Robles: *Ensayo de un Diccionario de la Literatura*, II, 1217-18, 2.ª ed. Madrid, 1953; *ibíd., La novela española en el siglo XX*, 105-06, Madrid, 1957.

(54) En su edición de 1972 se corrige la fecha del fallecimiento.

(55) J. de Entrambasaguas: «Eduardo Zamacois», *Las mejores novelas contemporáneas*, VI, 581-622, Barcelona, 1960.